



Lo que
VA
Vueltve

Lo que va vuelve. El amor reaparece cuando menos se lo espera

© Giselle Mazzeo, 2022

Derechos mundiales de edición en castellano

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2022

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4943-8200 Fax: (54 11) 4308-4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Coordinación editorial: Marina von der Pahlen

Prólogo: Luz Larenn

Edición: Marina Fucito

Producción: Pablo Gauna

Diseño: Marianela Acuña

Portada: Giselle Mazzeo

1ª edición: noviembre de 2022

ISBN 978-950-02-1320-2

Impreso en Arcángel Maggio – División Libro,
Lafayette 1695,

Ciudad de Autónoma de Buenos Aires,
en noviembre de 2022.

Tirada: 5.000 ejemplares.

Libro de edición argentina.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).

Mazzeo, Giselle

Lo que va vuelve : el amor reaparece cuando menos se lo espera / Giselle Mazzeo.-

1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2022.

192 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-950-02-1320-2

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas. 3. Novelas Románticas. I. Título.

CDD A863

Giselle Mazzeo

Lo que VA Vuelve

El amor reaparece cuando menos se lo espera



A Uriel, por aparecer cuando menos lo esperaba.





“La coincidencia es la manera en que Dios
mantiene el anonimato”.

ALBERT EINSTEIN

“Lo que llamamos azar es nuestra ignorancia de
la compleja maquinaria de la causalidad”.

JORGE LUIS BORGES



Prólogo

Luz Lareanu

Dicen que, cuando estamos a escasos segundos de morir, se nos presentan los momentos más importantes de nuestra vida en forma de cortometraje. O al menos me gusta creerlo así.

Probablemente –y generalizando– podríamos intuir que se nos aparecerá nuestra graduación, la primera mudanza fuera de casa de nuestros padres, una boda y tal vez algún nacimiento.

Pero qué pasaría si ahora mismo se nos diera la posibilidad de elegir cinco momentos de nuestra semana, esta que pasó, tal vez a primera vista, sin penas ni glorias. Quizás, con mucha suerte, te halles reconectando con ese café expreso que te tomaste con tu amiga en una esquinita del centro, con el perfecto rock que comenzó a sonar cuando empezabas a pelar papas y batatas el martes por la noche, y hasta con la

suave oleada de aroma a gardenia que te hizo entrecerrar los ojos, después de encender una vela.

Nacemos, vivimos y morimos. Tan inevitable como apasionado. Algo así como introducción, nudo y desenlace.

El problema usualmente se da mientras tanto, ya que nos pasamos el rato preocupados por el ineludible final y muchas veces olvidamos el objetivo central: vivir, lisa y llanamente con las sinuosidades características de la cotidianidad.

“¿Y cómo vivimos, entonces?”, nos preguntamos a posteriori.

No creo que “para aprovechar la vida” haya que comprar un vuelo de bautismo y coronarlo con el salto triunfal en paracaídas. Dicen que es increíble... Pero a mí déjenme con los pies en la tierra, que ahí tengo más posibilidades de extender el nudo de esta historia.

Con la novela que están a punto de leer les va a suceder algo muy parecido a cómo se siente vivir. Hay días en los que nos parece estar en la primera fila de una montaña rusa; otros en los que las lágrimas nos invaden, insolentes, sin pedir permiso. Luego, de pronto, llega la calma, esa que sabemos existe, pero que, en el momento de remolino, perdemos de vista. Algo así como pelar papas escuchando buena música.

Una suerte de *This Is Us* porteño, con toques más especiados que el chimichurri de los domingos, que vuelven a esta(s) historia(s) un bálsamo de realismo para acompañar nuestros días de lectura.

La vida, una vida, muchas vidas, que entrelazadas nos dan el más bello aprendizaje del que podemos gozar: saborear

a los instantes cotidianos, porque de eso se trata este nudo.
De contemplarlo sin querer desatarlo.

Giselle me ha hecho un gran honor al invitarme a escribir el prólogo a esta hermosa novela. Estoy segura, queridos lectores, de que sentirán tanto placer como yo al leerla.







Tenía cita con la obstetra a las 19. Le pedí el último turno porque así podía trabajar el máximo tiempo posible de esa tarde de viernes. Estaba metida en la campaña de Navidad de una marca de ropa que tenía que entregar sí o sí antes del fin de semana y con tantos cambios venía haciéndose infinita. Nadja, la jefa del equipo –como buena alemana– era detallista al píxel, y no sé si por cansancio, calor o ansiedad parto yo estaba cometiendo un montón de errores. Guardaba los TIFF sin *layers* y después no podía reeditarlos. Olvidaba convertir los archivos para imprenta a CMYK. Los GIF los exportaba en alta calidad, no para web. Todo al revés. El volumen de trabajo ascendía de manera exponencial, proporcionalmente al estrés.

Y sí, yo también estoy muy de acuerdo con eso que dicen de que la madre tiene que tomarse unos meses de descanso

para prepararse para recibir al bebé. Practicar yoga, dormir siestas y organizar un *babyshower* haciendo el baile del útero en ronda con un grupo de amigas. Eso las que pueden. En mi caso, soy madre soltera y, como toda *freelance*, no tengo licencia por maternidad ni nada parecido. Por momentos no tengo ni fin de semana ni tiempo libre. Si no trabajo, no cobro. Simple.

Ya estoy pasadita de la semana 41, la obstetra me dijo que, si el bebé no nace en estos días, el lunes me induce el parto. Otra en mi lugar ya le habría pedido mucho antes “que se lo saque”, pero *cesárea* es una mala palabra para mí. Según me repitió mi mamá toda la vida, a mí la cesárea me salvó. *No sé por qué te hacés la naturista ahora, si a vos te salvó la cesárea, nena.* Nací prematura por una cesárea de urgencia, por lo tanto pasé en incubadora los primeros días de mi vida.

O al menos esa es la versión que me dio siempre ella.

Laurita, estás muy flaca, nena. Tenés que comer. No te olvides que vos estuviste en incubadora, eras chiquita como una lauchita. Tu papá te ponía en el brazo y entrabas de la mano al codo, así, me repetía hasta el hartazgo.

Convengamos en que nunca resultó una fuente muy confiable de recuerdos e información. *Te di la teta unos seis meses, porque nunca te alcanzaba, al poco tiempo pasamos a los sólidos.* Siempre sus versiones se contradecían. *Vos tomaste leche de fórmula desde que naciste porque, como estuviste en incubadora tantos días, cuando te dieron el alta, a mí ya no me subía la leche.* Me decía que nací por cesárea, pero nunca pudo mostrarme su cicatriz. *Algunas cicatrices no quedan, Laurita, el médico era*

amigo de tu papá, por eso me hizo un corte muy chiquito. Ni se nota porque yo tengo buena cicatrización, ya sabés. No como vos, que se te hace queloide, tenés que tener cuidado, nena. Mirá si te hacen episiotomía y cicatrizás mal, te queda todo hecho un desastre. Haceme caso, una cesárea programada es lo mejor.

Mis viejos nunca me mostraron una foto de recién nacida, tampoco vi una lauchita nunca. “Lauchita”. Odio esa palabra. Un apodo que para colmo eligió para llamarme mi profesor de natación. *¿Vio qué rápido nada la lauchita de mi hija? Yo también era así de menudita cuando era chica, porque me desarrollé tarde. Así de espléndida como me ves estuve siempre. Las que engorrandan en la menopausia no tienen disciplina. Hay que cerrar la boca, querido. Así de simple.* Me moría de la vergüenza con esos comentarios. Prefería ahogarme con tal de no escucharla más.

Según mi viejo, se les rompió la cámara apenas nací, por eso no hay fotos mías hasta que ya casi tuve un año. En esa época donde había una única cámara analógica por casa, con un rollo fotográfico de 24 o 36 fotos, si se te rompía la cámara, estabas medio jugado, es cierto.

Dicen que, sin querer, muchas veces una repite el parto según su propio nacimiento. Por eso le pregunté más detalles, cómo fue la cesárea, por qué se la hicieron, pero ella iba cambiando las versiones. *Lauri, si ya te conté, tenía la placenta envejecida por el cigarrillo.* Claro, todavía no se sabía de lo tóxico que era el tabaco. Pero, teniendo a mi viejo al lado, no creo que ella me haya descuidado en su embarazo así. Otra vez me dijo que le hicieron cesárea *porque el parto no avanzaba, no crecías nada. El médico me dijo que podías matarme si seguía esperando.*

Ella siempre fue así. Imprecisa, volátil, agresiva. Me saca. Todo lo contrario a mi viejo: tan preciso con los números, las fechas, los datos. Típico de médico cuadradito. Siempre admiré mucho su capacidad para recordar datos puntuales e innecesarios. En mi último viaje a España lo llamé para saludarlo para su cumpleaños.

—¡Feliz cumpleeeee, pa!

—Gracias, nena. No te hubieras molestado.

—¡Ay, pa! ¿Cómo no te voy a llamar?

—¿Qué hora es allá? ¿Desde dónde me hablás?

—Son las dos de la tarde. Estoy en Sevilla. Acabo de terminar de comerme unos langostinos a la plancha riquísimos.

—¡Qué rico! Sevilla, ¿en dónde estás exactamente?

—Estoy en una plaza, acá en el centro. No tengo idea cómo se llama.

—¿Tiene unos árboles de naranja?

—Tiene unos árboles, pero no les presté atención. Pará. A ver, sí ¿Sabés que sí? Ahora te mando foto.

—Entonces es la Plaza de los Naranjos. Nosotros estuvimos allí con tu mamá en nuestra luna de miel.

Efectivamente era esa plaza. Y así pasa siempre. De chica, mi papá era mi diccionario personal.

Me hice una *playlist* con temas de Rosa Zaragoza. Tiene canciones como “Rumba de las madres”, “Mi vientre” y “Sabemos parir”. Tengo música. Tengo velas. Me hubiera encantado tener una piletta inflable para parir en el agua, pero cuesta una fortuna el alquiler y no hay lugar donde meterla en el living. Igual, tampoco pienso parir en mi casa. Ni soy

tan hippie ni estoy tan loca. Además, mi viejo me mataría de solo barajar esa idea. *Tu papá está muy preocupado con tus ideas sobre el parto, Lauri. Ya sabés lo que me pasó a mí, ¿por qué nos querés hacer esto?* El colmo de mi papá médico. Pero lo que yo quiero es hacer el trabajo de parto con la partera acá y después ir juntas a la clínica para evitar cualquier intervención o incluso cesárea innecesaria. Mucho diploma de la UBA en el consultorio, pero, *sorry not sorry*, yo quiero para mi bebé un parto respetado y, a ser posible, natural. Me leí mil libros del tema. Hola, Laura Gutman. Chau, Dr. Stivill.

El parto, uno de los momentos más importantes en la vida de una madre, debería ser un momento íntimo y sagrado. *Pero qué sagrado ni sagrado, vos siempre poniéndole mística a todo. Es un trámite, un pum pam, nace el bebé y punto.* Se dejó meter al hombre en un proceso donde no se lo necesita. Encima se lo puso en un lugar de autoridad, como si la vida de la madre y del bebé dependieran de él. Después, *¿cómo no querés que se crean dioses? ¡¿Cómo vas a hablar así de los médicos?! Que no te escuche tu padre. Años de profesión, salvando gente para que ahora su hija diga que no sirve para nada.* Sin dudas son necesarios en los casos donde el embarazo tiene riesgos, pero, si el parto se desencadena sin complicaciones, no hace falta interferir. En la Antigüedad se lo mandaba al hombre a hervir agua para calentar las toallas, pero yo creo que lo hacían más para tenerlo entretenido y que no molestara, que por otra cosa. Ni siquiera está la urgencia de cortar el cordón umbilical, como se suele mostrar en las películas. El cordón eventualmente deja solo de latir.

Para parir una mujer no necesita a nadie. Para quedar embarazada casi que tampoco: solo necesité un poco de es- perma de un donante anónimo. Una decisión que tomé sola, sin escuchar la opinión de nadie, *siempre tan egoísta, no pensás en el chico que no va a tener padre*, ni siquiera la de mis amigas que con la mejor de las intenciones se oponían a la idea. Si todavía sos joven. *Bueno, tan joven no sos, no entiendo cómo es que todavía seguís sola. Al último chico no sé que le hiciste que no volvió más. Tan buena familia que parecía, hubiera sido un padrazo para tu hijo.* Si quién te dice que en uno de estos días conocés a un tipo y quedás embarazada de toque. O mirá si conocés a un flaco y no le copa. O mirá si después querés armar una familia y se te complica por el pibe hijo de nadie. Si, si, si. Entiendo sus razones, pero se me hizo imposible explicar las mías: un día empecé a sentir un tic-tac tic-tac en el vientre. Imposible pararlo, ¿para qué? Como una bomba a punto de estallar. Tic-tac tic-tac.

Empecé a ver bebés por todos lados. Mujeres empujando cochecitos en la calle. Embarazadas en la cola del súper. Publicidades de pañales. Entendí que era mi momento. Que nadie más me entendería. Que el deseo de maternidad es único. Sagrado. Y que no iba a dejar que nadie me pinchara el globo. Soy joven, sí, pero no tanto. Dentro de muy poco voy a cumplir cuarenta. *¿Tomaste el ácido fólico hoy?* Estoy sola, sí, pero cuando conozca a alguien va a ser un buen filtro evaluar si se asusta de mi decisión o si me acompaña y apoya. *Se te va a hacer más difícil que quieran salir con vos, nena, imaginate con un hijo que no es suyo.* Todavía tengo tiempo de tener más hijos.

Solo que este bebé quería nacer ahora, no podía esperar. No quiso nacer ayer, no quiso nacer mañana, yo sentí cómo este bebé quiso nacer AHORA. Y ni él ni yo podíamos esperar.

Desde tiempos inmemoriales las mujeres parieron con otras mujeres, acompañadas por parteras, doulas, madres, abuelas o incluso solas. En algunas culturas la parturienta se iba a un sitio apartado, como un bosque, para poder parir lejos de la mirada ajena. Sentadas, de pie, en cuclillas. Pero desde que el parto se hospitalizó, se introdujeron muchas intromisiones, como la oxitocina artificial, que, según la dosis, puede ser peligrosa para el feto y el útero; además, como las contracciones ya no son las naturales, sino que son mucho más fuertes y, sí, aceleran el proceso de parto, pero también hace que se vuelvan imposibles de soportar y que, por lo tanto, resulte indispensable la anestesia. Anestesia que frena al parto de nuevo.

Así fue como empezamos a parir acostadas. Y dopadas. *Pero cómo no vas a pedir anestesia. Vos siempre haciéndote la distinta, ni un ibuprofeno te querés tomar cuando te partís de dolor menstrual. Yo no entiendo nada, si para eso está la medicina.* Pariendo en una posición totalmente antinatural, que nos impide movernos con libertad y encima desaprovecha el impulso de la gravedad. Pero lo peor del parto para las mujeres de esta sociedad es el miedo. Por culpa de ese miedo prefieren no vivirlo. Desconfían de sus propios cuerpos, quieren que las duerman “y no sentir nada”. “Sacámelo”, le piden al médico, como si dependiera de él, no de ellas. Dudan de su capacidad ancestral, de sus cuerpos.

A las 18:30 yo seguía clavada en el escritorio con mi panza dura, mientras Nadja me gritaba por videollamada que por qué había usado otro rojo que no era el mismo rojo que había sido aprobado por el cliente. Pantone 032, rescatame. Apenas pude cortar, cerré la computadora, me subí al taxi y lloré todo el camino hasta el consultorio de la obstetra en Belgrano. No daba más de tanta presión. Me siento sola o más bien, estoy sola. *Pero, Lauri, mirá cómo estás. Tapada de trabajo, toda hinchada, sin un novio, vos que siempre fuiste tan delgada. ¿Seguís con lo del parto naturista, todavía? Muerta estaría si no fuera por la cesárea.*

La obstetra me pesó como lo hacía en cada visita. Los veintidós kilos que había engordado estaban lejísimos del “un kilo por mes” que se recomienda. Mi panza solo entraba en soleros talle XL. Mis brazos y mis piernas estaban enormes. Mi cara, redonda. Mis pies hinchados con los dedos rechonchos asomados en las ojotas, el único calzado que con ese pie de empanada podía usar. Me senté en la camilla para que me tomara la presión. Me midió el abdomen con una cinta métrica. Se puso el estetoscopio y escuchó los latidos del bebé.

—Acostate —me palpó—. Ya no podemos esperar más.

—¿Cómo que no? Acordate que yo no quiero inducir.

—Mirá, según la última ecografía, el bebé debe estar pesando alrededor de los 4 kilos

—¡¿Cuatro kilos?!

—Sí, más o menos. Entenderás que no podemos dejar que siga creciendo. Es un riesgo para los dos.

Me recetó una pastilla con la indicación de que la partiera en 2 trozos, me tomara uno a las once de la noche y otro a las tres horas siguientes. Según sus cálculos, eso me haría entrar en trabajo de parto a eso de las nueve de la mañana del día siguiente. Que le mandara un mensaje a ella o a la partera en cuanto empezaran las contracciones. *Claro, a tu madre ni la pensás llamar. Me querés dejar afuera. Total, ¿la abuela para qué sirve? Para comprar cosas solamente, para eso sí llamás.*

La oxitocina es la hormona que desencadena las contracciones, y la adrenalina es la que las bloquea. Es decir que, si tenemos miedo, frío o ansiedad, el trabajo de parto se puede llegar a frenar; por eso es tan importante que la parturienta se encuentre relajada y se sienta segura. Claro que la mayoría se siente más cómoda y segura en el hospital rodeada de personal médico, pero yo, mucho más en el living de mi casa, sola. Tal vez porque conozco las historias de hospitales que me contaba mi viejo... *Pero son historias de otros, Lauri, vos siempre te tomás todo tan a pecho, tan personal.*

Después de cenar me tomé la primera dosis, me puse el despertador para la segunda, y volví a cerrar los ojos deseando que hicieran efecto. Me desperté a las nueve con decepción, no noté ningún cambio en mi cuerpo. Puse la pava para hacerme unos mates, pero me acordé de la acidez, orgánica suave las pelotas, así que abrí la alacena para buscar un saquito de té. Al estirar el brazo, sentí la primera contracción.

—¿Cómo son las contracciones? ¿Las podré reconocer?

¡Mierda que las vas a reconocer! Las contracciones duelen. Y mucho. Se te pone la panza dura tan dura que

te obliga a quedarte con la mente en blanco los segundos que dure el dolor. Llamé por teléfono a Marta, la partera, que por su personalidad un poco hacía también de doula, ya que me acompañó y despejó mis dudas todo el embarazo con su voz dulce y calmada.

—¿Estás anotando la frecuencia de las contracciones?

—Empecé, pero después me colgué.

—Bueno, tranquila. Es importante que anotes. Así podemos controlar la frecuencia hasta que yo vaya.

—¿En cuánto venís?

—Estoy a unos 20 minutos. Mientras, preparate un baño de inmersión, así te relajás. Yo ya le aviso a la obstetra y voy a buscarte para ir a la clínica.

Busqué la *playlist* que tenía preparada en mi iPod. Me metí despacito en la bañera para no patinarme. Puse el tapón, abrí ambas canillas, para que el agua saliera lo más templada posible. Cuando abrí los ojos, sentí que ya no era yo quien estaba ahí.

El exorcista en carne propia. No podía controlar mi cuerpo. Hacía lo que él quería, como una loba en celo que no podía estarse quieta ni dejar de chillar. De fondo empezó a sonar la canción:

Mi abuela parió a mi madre,

Mi madre me parió a mí,

Todas paren en mi casaaaa.

Yo también quiero parir.

Empecé a golpear mis pies contra un lado de la bañera; la cabeza contra el otro lado, hamacándome de manera violenta. Grité con mi cabeza abajo del chorro de agua fría, después moví la canilla para el lado caliente. Ahora gritaba por la quemazón. La sensación de ahogarme debajo el chorro de agua me hacía olvidar por unos segundos el dolor. Las contracciones son como olas de dolor que vienen, rompen y se van.

Saqué la cabeza de abajo del agua, agarré un pote de champú y lo estampé contra los azulejos. Me metí de nuevo abajo del agua, emergí, busqué otro pote: crema de enjuague. ¡Pum! Cabeza abajo del agua. Baño de crema. ¡Pum! Cabeza abajo del agua. Gel de ducha. ¡Pum! Cabeza abajo del agua. Gel íntimo. ¡Pum! Cabeza abajo del agua. La hojita de depilar ¡Pum! Cabeza abajo del agua. La esponja... una flojita la esponja. En cambio, la piedra pómez no decepcionó, se partió en dos y me escondí satisfecha nuevamente debajo del agua.

*Yo quiero parir tranquila,
Que nadie me meta prisas,
Que mi chico esté conmigo,
Por si hay lágrimas o risas.*

Cuando me quise poner de pie aferrada a la cortina, se vino abajo. Agggghhhhhhhh, aulló la loba arriba del monte con luna llena. Seguro que todo el edificio me escuchaba gritar con una mezcla entre orgasmos y dolor, como si me estuvieran matando y al mismo tiempo sintiera placer.

Creo recordar el sonido del timbre, pero ni por asomo me acuerdo haberle abierto la puerta al vecino, Diego. Ahora que lo pienso, me muero de vergüenza, *siempre tan histérica con los tipos, vos, tapate un poco, ¡qué va a decir el vecino!*, pero en ese momento no me importó estar desnuda frente a él. Incluso más, mi cerebro ni registraba que estaba desnuda. No podía pensar en nada más que en el dolor que venía y se iba cada vez más seguido.

Lo escuché decirme: “Respirá, piba, respirá”. El vecino soplaba conmigo cuando venían las contracciones, mientras buscaba algo en el celular. Fuu Fuu. Agggghhhhhhhh. “Si has ganado el sorteo y te ha venido la cigüeña, en este video te mostraremos cómo...”.

Lo veo ir y venir por el departamento sin saber qué hacer. Se trae las toallas del baño. Pone pausa al video. *Play*. “Ahora, tómale la mano y dile...”. Me da la mano.

—Tranquila, reinita, estoy contigo... —escucho una colombiana acoplada a la voz de él—, digo con vos —se corrige Diego.

Va y viene nervioso. Sube la música.

En eso me dieron unas ganas irrefrenables de hacer caca. Entonces recordé que en la clase parto me dijeron que eso significaba que la expulsión estaba cerca. Se me ocurrió meter mi mano en mi entrepierna para ver si llegaba a tocar la cabeza del bebé. La siento. Está-ahí-nomás.

*Mi mamá me mima, ma, mímame, mamá,
mamá.*

*Mi mamá me mima, ma, mímame, mamá,
mamá.*

—La puta que te parió, Diego, sacá esa música de mierda y poné Marilyn Manson, AC/DC, algo bien *heavy*. Y bajale el volumen a la colombiana, decile que yo también estoy con ella.

Las contracciones ya no me dan tiempo ni a descansar del dolor ni de hacer más chistes. Suena la voz inconfundible de Axl Rose, que supongo que es lo más pesado que pudo encontrar el vecino en mi iPod.

*Welcome to the jungle, we've got fun and
games
We got everything you want honey, we
know the names*

Lo siguiente que recuerdo es estar gateando por el cuarto. Subirme a la cama en cuatro patas y balancearme en posición de gato. Creo que el vecino me hizo masajes en la espalda, pero no sé si me lo imaginé. También creo haber caminado por las paredes como una acróbata del Cirque du Soleil, pero supongo que no fue así.

Es como si no pudiera procesar lo que estoy viviendo, huelo rojo, escucho mi transpiración. Tengo lagunas, como si la parte racional de mi cerebro se hubiera ido por completo y solo hubiera quedado la parte animal e instintiva.

Las contracciones se vuelven insoportables. Grito. Otra ola, hago fuerza por pujar, pero es en vano. En eso el vecino

me agarra fuerte de la cara, me mira fijo a los ojos, creo que me grita algo.

*Jungle, welcome to the jungle
Uh I, I wanna watch you bleed*

Toda transpirada con los pelos pegados al cuerpo, colgada medio en el aire del hombro de Diego, con una pierna levantada y la otra en cuclillas, me dispongo a pujar con todas mis fuerzas. Quiero que esto termine de una puta vez.

*In the jungle, welcome to the jungle
Uh, I, I want to hear you scream*

La loba salvaje pega un grito largo y desgarrador.

De repente, silencio. La casa está envuelta en un silencio blanco. Los ruidos y los silencios también tienen colores, ¿quién dice que no? El tiempo se detuvo, como en *Matrix*, donde todo queda congelado. Hasta puedo esquivar las balas. Incluso esquivo los sonidos. Los olores. Esquivo el dolor. Lo miro todo desde arriba. Veo al vecino muerto de miedo, con su remera rockera, en *jeans* y zapatillas de lona. Veo la aureola de su incipiente pelada. Me veo a mí desnuda pujando casi en el aire. Veo al bebé que quiere salir. No siento nada, solo observo. Cuando el bebé salga de mi cuerpo, recién ahí mi alma podrá regresar a mi cuerpo nuevamente. Es más, hasta puedo decidir no volver si quiero. Mientras, disfruto la vista. Desde acá arriba no siento dolor.

Welcome to the jungle, we take it day by day
If you want it, you're gonna bleed but it's the price to pay

El bebé sale disparado como un pescado gelatinoso que Diego coloca sobre mi pecho y se desliza con los brazos abiertos, lleno de sangre y un líquido blancuzco. Siento su peso sobre mí, su piel patinosa. Su olor. Un olor único. A vida.

Una contracción más, la placenta tiene que salir ahora. Tengo que volver a pujar. Escucho a Diego lagrimear emocionado. “Pues felicitaciones, ahorita tienes un retoño. Solo queda ahorrar pa’ los pañales y la leche, m’ijo. Si te ha gustado este video, dale al *like*, suscríbete...”. Tocaban el timbre. *Just in time*, Marta.

Ayudo al bebé a prenderse a mi teta. Succiona despacio, siento la leche subir. Una mezcla rara de cosquillas y alivio. Nunca sentí nada igual. Miro sus ojos de un color azul muy profundo. ¿Pantone cuánto, Nadja? Los tiene abiertos de par en par, entre asombro y alegría.

Welcome to the jungle, bebé.



